

va el Emperador! ¡Viva la República!» Al tomar posesión el veintiséis de Septiembre, Luis Bonaparte protestó contra las calumnias de que había sido objeto. «La República, dijo, me ha devuelto mi patria y mis derechos de ciudadano; reciba mi juramento de gratitud y de fidelidad..... Mi conducta se inspirará siempre en la sumisión á la ley, y probará que nadie desea más que yo la consolidación de la república.» Los republicanos respondieron á las elecciones reaccionarias celebrando banquetes, que motivaron la modificación del ministerio, siendo reemplazados tres ministros por republicanos del *día siguiente*. En prenda del sentido conciliador que, según Cavaignac, representaba el nuevo gabinete, se levantó el estado de sitio y se acordó deportar los prisioneros de Junio no á lejanas colonias, según se había votado, sino á Argelia.

El cuatro de Septiembre se empezó á discutir el proyecto de Constitución, que fué aprobado el cuatro de Noviembre, por setecientos treinta y nueve votos contra treinta. Su primer título contenía la declaración de los derechos. «En presencia de Dios y en nombre del pueblo francés, la Asamblea proclama que Francia se ha constituido en República»..... La República francesa es democrática y tiene por principios la libertad, la igualdad y la fraternidad; por bases, la familia, el trabajo, la propiedad y el orden público.» Se reconoce el derecho de «asociarse, reunirse, formular peticiones, manifestar el pensamiento por medio de la prensa ó cualquier otro», y se prohíbe «el arresto arbitrario, la visita domiciliaria, los tribunales extraordinarios, la pena de muerte, la esclavitud y la censura.» Prométense reformas sociales, enseñanza primaria gratuita, educación profesional, igualdad de relaciones entre patronos y obreros, instituciones de previsión, de crédito y de asistencia. La discusión principal versó sobre el artículo octavo, relativo al trabajo. El primer proyecto de la comisión, redactado antes de las jornadas de Junio, que reconocía el *derecho de todos los ciudadanos al trabajo y á la asistencia*, fué sustituido por esta fórmula: «La república debe, por asistencia fraternal, asegurar la subsistencia de los ciudadanos menesterosos, ya proporcionándoles trabajo en el límite de sus recursos, ya dando, á falta de familia, medios de subsistir á los que se hallen imposibilitados de trabajar.» El gobierno se organizó sobre dos principios teóricos, á saber: que «todos los poderes públicos emanan del pueblo y no pueden delegarse hereditariamente, y que la primera condición de un gobierno libre es la *separación de los poderes*.» En su consecuencia, se crearon dos poderes, salidos ambos directamente del pueblo: el legislativo, delegado á una sola Asamblea de setecientos cincuenta representantes, elegidos por sufragio universal, y el ejecutivo, á un *Presidente de la República*, elegido por cuatro años y no reelegible. Para preparar las leyes se instituyó un Consejo de Estado, cuyos individuos designaría la Legislativa.

Es evidente que, dada la centralización de Francia, el Presidente, provisto de un ejército irresistible y de numeroso cuerpo de funcionarios habituados á dominar á los par-

ticulares, tendría en sus manos toda la fuerza, sería único dueño del país, al paso que la Asamblea, con su poder legislativo meramente teórico, sin fuerza, sin medios de defensa, se hallaría enteramente á merced de aquel. En tal situación, la muerte de la República dependía de cómo se eligiese al Presidente. Parte de los republicanos opinaba que debía elegirlo la Asamblea, y este era el único camino de salvación: el elegido habría sido Cavaignac y la República no hubiese corrido peligro alguno. Pero la mayoría, anteponiendo el principio democrático á los intereses reales, optaba por el sufragio universal. De esta opinión era Lamartine, quizás porque esperaba ser elegido, y en su defensa pronunció un célebre discurso, tan brillante de elocuencia como vacío de lógica. ¡Sí! dijo, aun cuando el pueblo eligiese al que mi previsión teme ver elegido, no importa: *Alea jaeta est*. ¡Que Dios y el pueblo decidan!» La elección por sufragio universal fué votada por seiscientos votos contra doscientos once. El diputado Antonio Thouret, hijo del gran jurisconsulto de la Constituyente, reiteró la proposición de excluir de la presidencia á los vástagos de las familias que hubiesen reinado en Francia. Luis Bonaparte tomó la palabra, quejándose, con torpeza y desagradable acento, de que se le echase constantemente en cara su calidad de pretendiente. Thouret sube otra vez á la tribuna. «Creía á ese hombre peligroso, dijo; después de haberle oído, reconozco mi error; retiro mi emienda.» Luis Bonaparte no contestó. Sus amortiguados ojos no se animaron, y su rostro conservó su habitual impassibilidad. La única medida que se tomó para mantener al Presidente en su deber, fué hacerle jurar la Constitución y regular el procedimiento que habría de seguir el Alto Tribunal en el caso de violar el juramento.

Se procedió á fijar la fecha de la elección, y con este motivo volvió á hablarse de las pretensiones de Luis Bonaparte. Éste, que no había vuelto á parecer por la Asamblea desde el incidente Thouret, el veintiséis de Octubre subió á la tribuna y esta vez habló, ya que no con brillo, con firmeza. «¿De qué se me acusa? dijo. ¿De aceptar del sentimiento popular una candidatura que no he solicitado? Pues bien, sí, acepto esa candidatura que me honra.» Concluyó declarando que no caería en los lazos que se le tendían y que, en lo sucesivo, no contestaría á los que querían hacerle hablar cuando él quisiera callarse. La elección se fijó para el diez de Diciembre. Los candidatos eran Cavaignac, Luis Napoleón, Ledru-Rollin, Lamartine y Raspail. El comité de la calle de Poitiers, dominado por los jefes de las tres fracciones—Thiers, orleanista; Berryer, legitimista, y Montalembert, católico—ofreció á Cavaignac sostenerle á condición de comprometerse á hacer votar una ley prohibiendo los clubs, tener de guarnición en París cuarenta mil soldados, no reconocer á la Asamblea de Francfort y sostener al rey de Cerdeña contra los republicanos». Cavaignac se negó á comprometerse; el comité acordó apoyar á Luis Napoleón, que prometió cuanto se quiso y que resultó elegido, en efecto, por cinco millones cuatrocientos treinta y cuatro mil doscientos veintidos votos.

El veinte de Diciembre, el general Cavaignac, en términos sencillos y dignos, resignó sus poderes en manos de la Asamblea y le dió las gracias por la confianza que le había merecido. Acto seguido, Armando Marrast proclamó á Luis Napoleón Bonaparte Presidente de la República francesa, hasta el segundo domingo de mil ochocientos cincuenta y dos. Luis Bonaparte prestó juramento de «permanecer fiel á la República democrática y defender la Constitución.» Luego leyó en un papel que llevaba escrito: «Ciudadanos representantes: el sufragio de la nación y el juramento que acabo de prestar me señalan el camino que he de seguir. Miraré como enemigos de la patria á los que intenten cambiar por medios ilegales lo que Francia ha establecido. Tenemos una gran misión que cumplir: fundar una República en interés de todos y un gobierno justo, firme y animado de sincero amor al progreso. Nuestro gobierno no será ni reaccionario ni utópico; labraremos el bienestar del país, y espero que, Dios mediante, si no hacemos grandes cosas, trataremos de hacerlas buenas.» Al bajar de la tribuna, el nuevo Presidente de la República tendió la mano á Cavaignac; éste retiró la suya. El varón sincero y recto no podía aceptar la mano del hombre de los equívocos.

Luis Napoleón se instaló en el Eliseo; formó un ministerio tomado de la derecha de la Asamblea, presidido por Barrot, con el católico Falloux en Instrucción pública; dió la prefectura de policía al bonapartista Carlier, y envió á los departamentos prefectos que hicieran la guerra á los emblemas republicanos, á los árboles de la libertad y á los gorros frigos. La reacción, victoriosa por la elección de diez de Diciembre, quería llevar su victoria hasta el cabo obligando á la Asamblea á disolverse inmediatamente, sin votar las leyes orgánicas. El diez y nueve de Enero de mil ochocientos cuarenta y nueve, fué tomada en consideración, por cuatro votos de mayoría, la proposición del diputado de la derecha Rateau, de elegir la Legislativa el cuatro de Marzo y disolver la Constituyente el diez y nueve del mismo mes. Mas esto no satisfizo á todos por lo lento, y se pensó en un golpe de mano. Changarnier, comandante de los guardias nacionales del Sena y de las tropas de París, el veintinueve de Enero por la mañana hizo tocar generala y llenó de soldados las calles. El presidente de la Asamblea, Armando Marrast, le escribió pidiéndole explicaciones, que el general no dió, limitándose á responder que «las tropas, responsables de la seguridad de la Asamblea, habían debido ocupar las posiciones desde donde pudieran protegerla eficazmente.» Odilon Barrot declaró que había de estallar durante la noche una formidable conspiración, organizada por la guardia móvil. La verdad no se ha sabido; es probable que se tratase de un golpe de Estado. Por la noche, Luis Napoleón tuvo en el Eliseo una conferencia secreta con Changarnier, Thiers, Molé y de Broglie. El general realista proponía acabar con la Asamblea violentamente. Thiers calificó la idea de absurda. «Dejad á la Asamblea que grite, añadió; Barrot es un alborotador como ella; ese es su oficio y lo desempeña bien;» y aconsejó «aplazar la operación heroica, pero

penosa, de un golpe de Estado hasta que el mal fuese bastante inveterado y peligroso para justificar el remedio.» Luis Napoleón, callado como de costumbre, aprobó el aplazamiento.

El conflicto entre la Constituyente y el Presidente estalló con ocasión de la política italiana. La mayoría republicana quería que se sostuviese al rey de Cerdeña amenazado por los austriacos; Luis Napoleón, deseoso de complacer á la derecha católica, se proponía restablecer al Papa y destruir la república romana. La Asamblea votó el treinta de Marzo esta orden del día: «Si para garantir mejor la integridad del territorio piemontés y salvar los intereses y el honor de Francia, el Poder ejecutivo cree que debe apoyar sus negociaciones en una ocupación parcial y temporal de Italia, hallará en la Asamblea el más decidido concurso.» El diez y seis de Abril, Odilon Barrot manifestó que había llegado el caso de usar de la autorización que la Asamblea le concediera, y pidió un crédito de un millón doscientos mil francos para el cuerpo expedicionario del Mediterráneo, prometiendo que solamente se trataba de «mantener la influencia francesa en Italia y defender la civilización.» Pero el Presidente volvió la expedición contra la república romana. Las instrucciones enviadas á los embajadores de Roma y Nápoles, decían: «Es preciso que el Papa sea restablecido en la independencia que le es absolutamente indispensable.... Es preciso que las poblaciones de los Estados de la Iglesia sean preservadas en adelante del detestable régimen que ha sido la principal causa de todas las calamidades de los últimos tiempos.» Conforme á estas instrucciones, el cuerpo de ejército enviado á Civita-Vecchia al mando de Oudinot, marchó sobre Roma, de donde fué rechazado. La noticia de este suceso levantó una tempestad en la Asamblea. «He sido engañado y la Asamblea lo ha sido conmigo..... La sangre francesa ha corrido por el Papa, ha corrido por el absolutismo», gritó Julio Fravre. La mayoría republicana votó al punto: «La Asamblea invita al Gobierno á tomar sin demora las medidas necesarias para que la expedición á Italia no siga por más tiempo separada del fin que se le ha señalado.» En vez de obedecer, el Presidente escribió el ocho de Mayo á Oudinot: «Nuestros soldados han sido recibidos como enemigos. El honor militar de usted está comprometido; no consentiré que sufra la menor mengua. Refuerzos no le faltarán.» Esto no obstante, la Asamblea rechazó una proposición de Ledru-Rollin para que se declarase acusados al Presidente y á los ministros. Sólo el ministro del Interior, por haber comunicado oficialmente á los departamentos el resultado de esta votación, tuvo que retirarse. La Constituyente hubiese podido prolongar su vida hasta votar las leyes orgánicas; pero habiendo aprobado una enmienda de Lanjuinais que equivalía á la proposición Rateau, hubo de fijar las elecciones de la Legislativa para el trece de Mayo y celebrar su última sesión el veintisiete del propio mes.

La Asamblea legislativa, compuesta de setecientos cincuenta representantes, se abrió

el veintiocho de Mayo de mil ochocientos cuarenta y nueve. ¡Cuánto no difería de la Constituyente respecto á la proporción en la representación de los partidos! La antigua mayoría republicana, afecta á Cavaignac, contaba solamente con setenta representantes; la extrema izquierda, que tomó el tradicional nombre de la *Montaña*, habiéndose organizado para las elecciones bajo la dirección de los comités la *Solidaridad Republicana* y los *Amigos de la Constitución*, obtuvo ciento ochenta diputados, gracias al manifiesto que publicara prometiendo la reforma del servicio militar, la abolición de los impuestos sobre los artículos de primera necesidad, el impuesto progresivo sobre la renta, la explotación por el Estado de los caminos de hierro, minas, canales y seguros. Contra estos doscientos cincuenta republicanos, la coalición monárquica y católica de la calle de Poitiers había sacado, entre orleanistas, legitimistas, partidarios de la fusión y algún que otro bonapartista, unos quinientos representantes del partido del Orden. Unidos el poder ejecutivo y el legislativo contra el partido republicano, trabajaron por aniquilarlo destruyendo sus medios de propaganda y de acción, periódicos, sociedades, escuelas laicas y el sufragio universal. Suministróles ocasión al efecto la cuestión de Italia.

Cumpliendo órdenes de París, Oudinot puso de nuevo sitio á Roma. Temiéndose que no fuese capaz de llevar la empresa á buen fin, fué encargado de dirigir las operaciones el general Vaillant, que dispuso el ataque. Á la nueva de que el ejército francés se batía bajo los muros de Roma, el partido de la *Montaña* se indignó. Sus comités redactaron protestas contra el Gobierno, que acababa de violar el artículo quinto de la Constitución: «La República francesa respeta las nacionalidades extranjeras....., y jamás empleará sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo». Ledru-Rollin pidió á la Asamblea autorización para procesar al Presidente de la República y á sus ministros; pero cometió la ligereza de contestar á las vanas explicaciones de Barrot y á los gritos de la derecha con la frase: «Defenderemos la Constitución violada hasta con las armas en la mano.» La Asamblea rechazó la proposición. Al día siguiente, la *Montaña* lanzaba una proclama en que denunciaba la conspiración monárquica contra la República y convocaba á los guardias nacionales á la Alcaldía del quinto distrito, para irse en masa, sin armas, á la Asamblea. Sólo concurrieron unos centenares de guardias y de obreros, que el trece de Junio, á las once de la mañana, partieron del Depósito de agua gritando: ¡Viva la Constitución! ¡Viva Italia! Changarnier había apostado en la calle de la Paz tres regimientos de caballería y dos batallones de gendarmería, que dispersaron á los manifestantes inermes. Los organizadores fueron cercados en el Conservatorio de Artes y Oficios, y en el acto de ir á prenderlos, los soldados retrocedieron dejándolos en libertad. Ledru-Rollin salió por el jardín y se refugió en Londres. El elocuente y generoso tribuno, apto para ser la voz, no la cabeza del partido, desaparecía de la escena por haberse dejado guiar por los suyos en vez de contenerlos y dirigirlos.

La mayoría realista, victoriosa se aprovechó de la ocasión para desorganizar el partido de la *Montaña*. La Asamblea se declaró en sesión permanente y puso á París bajo el imperio de la ley marcial, transfiriendo á los Consejos de guerra el juicio de todos los crímenes y delitos contra la seguridad de la República, la Constitución, la paz y el orden.» «Esa es la dictadura militar» exclamó Grevy.—«No, es la dictadura parlamentaria», contestó Dufaure. Se concedió autorización para procesar á treinta y tres diputados montañeses; los periódicos de este partido fueron suprimidos; se añadió al reglamento de la Asamblea una nueva pena disciplinaria, la de exclusión temporal del salón de sesiones; se suspendió por un año el derecho de reunión; se votó, en fin, una ley contra la Prensa, autorizándose á la Administración á prohibir la venta de los periódicos en la vía pública. Con este motivo, Victor Hugo, que había votado hasta entonces con los conservadores, denunció con energía los excesos que habían cometido el trece de Junio los guardias nacionales reaccionarios, rompiendo las prensas de los periódicos democráticos.

No tardaron en tocarse las consecuencias de la fatal jornada de trece de Junio. En las elecciones complementarias que se efectuaron el ocho del siguiente mes, para llenar las vacantes causadas por opeión ó por muerte, el partido conservador triunfó en los departamentos y en París. Solamente dos republicanos, que habían sido derrotados en Mayo, Lamartine y Julio Favre, fueron elegidos. Transeurridas las elecciones, pensaba la Asamblea suspender sus trabajos por algunas semanas, á lo que se opuso la izquierda, alegando el peligro de un golpe de Estado por parte del Presidente. «¿Cómo permitirse, exclamó el ministro de lo Interior, Dufaure, acusar al Presidente de la República de proyectos hostiles al poder legislativo, en los instantes mismos que acaba de ejecutar en Ham un acto de contrición tan honroso para él y tan tranquilizador para la Asamblea?» En efecto, Luis Napoleón, en un viaje por los departamentos, tuvo el capricho de visitar el castillo de Ham, donde había estado encerrado seis meses, y allí, á los pomposos discursos que se le dirigieron, contestó: «Hoy que, elegido por Francia entera, soy el jefe legítimo de esta gran nación, no puedo gloriarme de un cautiverio que tuvo por causa el ataque á un gobierno regular»; y luego, en un banquete, brindó «por los hombres resueltos, á pesar de sus convicciones, á respetar las instituciones del país».

El tres de Julio había entrado el ejército francés en Roma, y sobre este particular se suscitó en la Asamblea el seis de Agosto, antes de separarse, nueva discusión. Ya no se trataba de saber si se continuaría la guerra, sino qué uso se haría de la victoria. El ministro de Negocios Extranjeros, Tocqueville, sostuvo al par la necesidad de restablecer el poder temporal del Papa y la de asegurar á los romanos instituciones liberales, que impidiesen la vuelta de los abusos. Mas no se pensaba así en Roma, donde un triunvirato de cardenales restableció la inquisición, quiso apoderarse de la policía y usar de los soldados